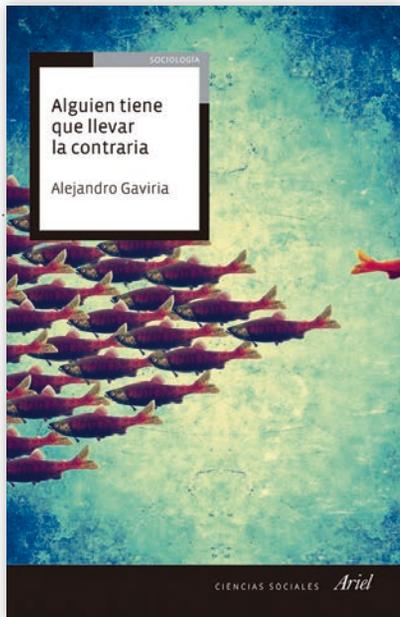


La aventura de pensar por sí mismo



Alguien tiene que llevar la contraria
Alejandro Gaviria
Ariel
Bogotá, 2016
140 p.

Lo de siempre: los colombianos caminamos por el filo de navaja de la polarización. El resultado electoral del 2 de octubre de 2016 fue un colosal *plop!* para la ciudadanía: casi nadie acertó en los pronósticos. El desvarío y la efervescencia signaron la mayor parte de las reacciones de los letraheridos. Cualquiera, con algo de paciencia y tres pares de guantes de látex, puede rastrear en las páginas editoriales y en las redes sociales las salidas en falso de la *hipsterbacanería* y de los neoconservadores para hacer una desternillante antología. Iniciativas comerciales aparte, del análisis mesurado de las discusiones alrededor de los acuerdos de La Habana se pueden sacar en limpio dos cosas. Por un lado, se verificó el imparable acoplamiento de la opinión a las exigencias formales y conceptuales del post de Facebook, del trino en Twitter: la levedad y la prisa. Con excepciones encomiables, en la querrela

pública sobre lo pactado entre el gobierno de Santos y las FARC, los bandos en disputa esgrimieron el eslogan, el chantaje moral y las medias verdades. Lanzarle fango al otro, a eso se redujo el diálogo de las facciones. Por otra parte, quizá sin saberlo, las banderías reeditaron nuestro ya tradicional choque de dogmatismos: en el pasado el benthamismo contra el tradicionalismo, los gólgotas versus los regeneradores; ahora el socialismo de postal y el conservatismo rancio se subieron por enésima ocasión al cuadrilátero. El par final —con tino lo señala Alejandro Gaviria— fue a lo largo del siglo xx el antagonista del liberalismo moderno. Y, si se toma en cuenta el actual estado del mundo, lo será en el xxi.

En las tres secciones del compendio de ensayos *Alguien tiene que llevar la contraria* (2016), el economista e investigador social Alejandro Gaviria —hoy metido en el berenjenal de presidir el Ministerio de Salud— procura dinamitar las bases de ambos catecismos filosóficos, echando mano de lo más importante a la hora de trazar políticas: los datos, los hechos puros y duros. En dicha empresa, de antemano condenada al fracaso, Gaviria insiste una y otra vez en la necesidad de reivindicar el reformismo democrático en menoscabo de los romanticismos revolucionarios, aquellos que conciben el cambio social como una apuesta de todo o nada. Las soluciones totales, mesiánicas —la historia reciente de América Latina lo corrobora—, a la postre abren nuevas heridas en el tejido social sin cerrar ninguna. Por el contrario, el reformismo democrático, guiado por la brújula del conocimiento práctico y no por abstracciones ideológicas, busca fines modestos, nada hiperbólicos: mejorar las condiciones concretas de vida de la gente. Le dejan impasible, por absurdos, los “paraísos de cucaña”. En el fondo, este talante polémico revela una profunda honestidad intelectual: el liberal pura sangre —por dios, por favor, no confundirlo con la fauna agrupada en el partido batuteado por Serpa— comprende que, ante la realidad —fruto de dinámicas sometidas a los caprichos del azar y la contingencia—, las recetas mágicas, sean marxistas o neoliberales, resultan ineficaces. A diferencia de los radicalismos rococó —capaces de sacrificar un cosmos para pulir una idea—, el liberalismo cree en los consensos, en los pactos sociales. A lo mejor el atractivo de semejante actitud sea menor al de las prédicas incendiarias de los iracundos profetas derechistas y zurdos, pero en el instante de hacer el balance es de lejos más beneficioso. Al fin y al cabo, según Gaviria, la demagogia —las promesas de edenes proletarios o arcádicos— es uno de los mil rostros de la corrupción.

En *Colombia, la modernidad postergada*, Rubén Jaramillo Vélez llama *mecanismo paranoide* a la tendencia nacional de ver al adversario político como un enemigo al cual se debe combatir hasta el exterminio. Este sesgo, explica Jaramillo Vélez, es un vestigio del catolicismo tridentino propalado desde el púlpito y la escuela durante los trescientos años de la Colonia. Por intrínquilos históricos, las doctrinas de la modernidad no arraigaron en el alma colombiana. En dos siglos de devenir republicano, la educación, salvo en el periodo conocido con el nombre de Olimpo radical y en el iniciado con la carta constitucional de 1991, estuvo, cuando no a cargo de la jerarquía católica, sí bajo su magisterio. Entre otras razones, esta particularidad explica el retraso y la poca incidencia de las revolucionarias ideas de la ciencia, en especial las de Charles Darwin, y el enorme éxito de los sistemas políticos nimbados por cierto halo de sortilegio. A este tema Gaviria le dedica uno de los más interesantes ensayos del volumen, tomando de pretexto el encontronazo entre el novelista y etnólogo *amateur* Jorge Isaacs y Miguel Antonio Caro en las postrimerías del siglo decimonono. Usando el Ngram Viewer, un programa cibernético que “muestra la frecuencia de aparición relativa” de vocablos claves, el autor de *Alguien tiene que llevar la contraria* pudo reconstruir un fragmento del itinerario intelectual colombiano: durante varios decenios —de 1940 a 1980—, las nociones marxistas hicieron parte sustancial del arsenal retórico de escritores y académicos mientras las darwinistas no despertaron entusiastas adhesiones. ¿A qué se debe tal fenómeno? Y, más importante, ¿qué rasgos de la clase letrada nacional devela esa preferencia? Tal vez el auge del marxismo aquí sea el paradójico legado de la axiología católica: ¿qué otra filosofía moderna comparte al tiempo con la religiosidad una mirada maniquea de la existencia y la quimera teleológica de una sociedad desprovista de conflictos, encarnada en la dictadura del proletariado o en el seno de Abraham? ¿Acaso el marxismo, como las religiones del libro, no llenó el pecho de muchos de sus devotos con la ambición de alcanzar la palma del martirio, ya sea en las arenas del circo romano o en las trincheras de la lucha guerrillera? Pasando por alto a Jesús, Mahoma y Marx, ¿qué otro pensador alcanzó para sus fieles el estatus de oráculo infalible? Solo ellos, ¿cierto? ¡Ah! ¿Darwin? No. Si alguien está lejos de las creencias míticas, ese es Darwin. La teoría de la evolución no ofrece nada: ni nirvanas ni la inmortalidad ni utopías ni el sentido ulterior de la vida. Darwin, con

el alfiler de la ciencia, estalla esas pompas de jabón.

Y, lo anterior, ¿qué? Sencillo: Gaviria pretende demostrar la inconveniencia de perpetuar en los debates ciudadanos posiciones fundadas no en el libre examen de las cosas sino en prejuicios argumentativos, en mustias consignas, en el pensamiento corporativista. Para hacerlo señala con el índice las grietas de algunos de los clichés de la agenda política, presentes en la mayoría de las discusiones públicas. Provisto de cifras e índices, refuta la *fracasomanía* del grueso de la intelectualidad criolla, empecinada en ignorar cualquier forma de avance social. Nada, para la progresía, está a la altura de sus sueños, de lo prometido por sus dogmas sociales o éticos. Las ideologías, en palabras de Vargas Llosa, son sucedáneos laicos de la religión: no necesitan el aval de los datos para funcionar en la mente de los feligreses. Cuando la realidad contradice las peroratas del marxismo, del neoliberalismo, del ecologismo y demás vertientes, se opta por ignorarla en espera de momentos propicios. Entre tanto, el individuo libre, consciente de su limitado margen de maniobra, a ejemplo de Sócrates, Bruno, Zola, Orwell, Hitchens, no debe renunciar jamás al valioso derecho de usar su propia cabeza. Ese es el reto de Gaviria a sí mismo y a los lectores. ■

Ángel Castaño Guzmán

